La Tribuna. Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán
Núm. 9, 75 - 120
© 2012-2013. Casa-Museo Emilia Pardo Bazán

San Francisco y la guerra. Una conferencia inédita: más sobre el franciscanismo de Pardo Bazán

Cristina Patiño Eirín
(UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA)
cripteir@correo.lugo.usc.es

"Diez años hace que corre impreso un libro mío, prenda de mi devoción, á la vez mística y humana, al Santo de Asís"

(E. Pardo Bazán, *Los franciscanos y Colón*, 1892, cit. *infra*, p. 5)

"Un día, hace ya bastantes años, recibí yo de América una carta con la siguiente dirección: 'A la autora de *San Francisco de Asís*- España'. Ni más nombre, ni más señas. La carta vino como una flecha, recta a su destino. He guardado el sobre, en testimonio de la agudeza y erudición bibliográfica de los funcionarios del ramo"

(E. Pardo Bazán, "El Correo", *La Ilustración Artística*, Barcelona, nº 885, 1898, p. 794)

(recibido xullo/2013, revisado octubro/2013)

RESUMEN: Se recupera aquí el texto, inédito hasta hoy, de una conferencia de Emilia Pardo Bazán: "San Francisco y la guerra". Dicha exhumación textual se inserta en el franciscanismo de la autora de *San Francisco de Asís. Siglo XIII*, cuyos pormenores se detallan dentro de la trayectoria poligráfica pardobazaniana. El documento rescatado, procedente del texto mecanografiado por doña Emilia y depositado en el ARAG, se brinda al lector con una minuciosa anotación en la que se aclaran y expanden sus aspectos histórico-literarios más relevantes así como el marco enunciativo que los desencadena, vigente aún la Gran Guerra, en torno a 1915.

PALABRAS CLAVE: conferencia inédita, franciscanismo, Guerra Europea.

ABSTRACT: The so-far unpublished text of one of Emilia Pardo Bazán's conferences, "San Francisco y la guerra", is hereby recovered. Such a textual exhumation is inserted within the franciscanism of the author of *San Francisco de Asís. Siglo XIII*, whose particulars are accounted for in detail in Pardo Bazán's graphic evolution. The recovered document, coming from the text typed by doña Emilia and deposited in the ARAG, is offered to the reader with a thorough set of notes which clarify and expand its most relevant historical and literary aspects as well as the declarative frame which triggers them, still in force in the Great War, around 1915.

KEY WORDS: unpublished conference, franciscanism, European War.

La primera de las citas pardobazanianas colocadas aquí en exergo muestra, a la perfección, el modo en que la escritora de *San Francisco de Asís. Siglo XIII* (1882) concibe su percepción del fenómeno franciscano tras años de asidua frecuentación reflexiva, moral y estética; pero es, además, y acaso convenga avanzarlo ya, una declarada manifestación del íntimo grado de diálogo que entabla con la literatura de su tiempo, una clave de bóveda de su intercambio con el Galdós de *Ángel Guerra* (1891). Porque ese modo de referirse a su noción del *Poverello* es respuesta a una afirmación puesta en boca del personaje epónimo de don Benito, y destacada por doña Emilia en su reseña de aquella novela, cuando evoca precisamente los pormenores de la diégesis de esta "gran novela", y en particular los de la muerte del "demagogo seudosanto" y cita sus palabras, pronunciadas una vez recobrada, y muy quijotescamente, la razón, antes de expirar:

> "Declaro que la única forma de aproximación que en la realidad de mi ser me satisface plenamente *no es la mística, sino la humana*, santificada por el sacramento, y que no siendo esto posible, desbarato el espejismo de mi vocación religiosa y acepto la muerte como solución única, pues no hay ni puede haber otra (*subrayado nuestro*; 1973: 1101[1])."

Al otorgar sentido inclusivo a la forma mística y humana a la vez de ver su *franciscanismo*, Pardo Bazán está expresando, con un guiño al Galdós de sus amores ya trascendidos, un sentir que es el de su cosmovisión estética, el eje de su vida.

Algo más de una década atrás, me ocupé de lo que sin ambages denominé el *franciscanismo* de la autora coruñesa[2], implementando un conjunto de razones textuales y confesionales como base de aquella aseveración. Eran meridianas las palabras de la autora de *Los Pazos de Ulloa*, que en su pórtico, los "Apuntes autobiográficos", pasando como sobre ascuas sobre sus desdichas matrimoniales, erigía aquel basamento de su toma de decisión de conquistar la gloria de las letras, no sin antes haber experimentado el aliviado tránsito de su destemplanza moral en el reducto franciscano, segura ya de su vocación, afianzada en su "cara

---

[1] Publicada en agosto de 1891 en el *Nuevo Teatro Crítico*, nº 8. Recogida después en *Polémicas y estudios literarios*. Cito por *Obras completas*, tomo III, a cargo de H. L. Kirby, Madrid, Aguilar, 1973, pp. 1093-1105.

[2] *Vid*. Cristina Patiño Eirín, "Acerca del franciscanismo de Pardo Bazán", en *Homenaje a Benito Varela Jácome*, Edición a cargo de A. Abuín González, J. Casas Rigall y J. M. González Herrán, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2001, pp. 455-475. Para constatar esa presencia en la novela de 1905, *vid*. el artículo seminal, aunque se centra en el periodo novecentista, de Jennifer Wood "Franciscan Morality and Spirituality in Emilia Pardo Bazán's *La quimera*", *Letras Peninsulares*, Spring 1989, 2/1, pp. 109-121, donde se concluye: "Pardo Bazán found guidance and inspiration for her own life in the moral and spiritual teachings of St. Francis and his followers, and in *La quimera* she offers them to the readers of her day as a solution for the problems of rationalism, materialism and egocentrism" (119).

literatura" (1886: 31[3]) y dispuesta a seguirla sin desmayo, "engranando los estudios"[4] (38). El silencio y la paz del Claustro franciscano de Santiago de Compostela, su refugio, le infundieron la convicción de firmeza y tesón, casi diría de heroísmo, de autoexigencia, que ansiaba su ardor de letraherida.

Fue pronto consciente de que debía brindar alguna suerte de reconocimiento y gratitud a aquella advocación en la que cifró su espíritu de lucha, su ideal estético y su salvación. Probablemente no exista un gozne de más sólido calado, más íntimo y axial, en su determinación literaria y vital de ser Emilia Pardo Bazán. Tan es así que le erigió todo un monumento literario.

La redacción de aquel trabajo de largo aliento, *San Francisco de Asís. (Siglo XIII)*, obra publicada en 1882, tras concluirla en Meirás, que constituye por extensión, alcance y calidad literaria la primera magna de su producción[5], hubo de verse entrecortada por quebrantos de salud –un padecimiento hepático que la condujo a Vichy–, que ella misma califica de inusitados "pues soy de robusta y vigorosa complexión"[6] (58), achacables, podríamos decir hoy, a haber somatizado "las hondas

---

[3] *Cfr.* "Apuntes autobiográficos", *Los Pazos de Ulloa*, Tomo I, Barcelona, Daniel Cortezo y Cía, Editores, 1886, pp. 5-92.

[4] Al prologar la edición americana del *San Francisco de Asís*, (París, Garnier Hermanos, 1886: 28), Menéndez Pelayo subrayará, tras un periodo ulterior de algo más de tres años, que la autora "ha encontrado en su propio impulso y vocación incontrastable los medios de adquirir una prodigiosa cultura intelectual, superior quizá a la de cualquiera otra persona de su sexo, de las que actualmente escriben para el público en Europa, sin excluir país alguno, ni aun aquellos donde cierto género de obras de imaginación está totalmente entregado al ingenio de las mujeres. Lejos de limitarse al cultivo de las bellas letras, que por sí solas no pueden dar más que una cultura superficial y vacía de contenido [*sic*] se ha internado en los laberintos de las ciencias más desemejantes, más abstrusas y áridas, comenzando por hacerse dueña de los instrumentos de trabajo indispensables para tal fin, es decir, de las principales lenguas modernas y de alguna de las antiguas o clásicas. Sucesivamente se ha desplegado su actividad en las más opuestas direcciones, recorriéndolo todo, desde las ciencias del cálculo hasta las ciencias naturales, desde la historia hasta la filosofía, desde la especulación mística hasta la novela realista".

[5] En la edición, con Licencia eclesiástica, de Madrid, Librería de D. Miguel Olamendi, 1882, CLXXXVII + 267 y 497 pp., contando las dos de Fe de erratas. Dicha edición consta de un prólogo autorial, "Al que leyere", y de cuatro paratextos más, de ajena mano (Obispos de Lugo, Córdoba, Mondoñedo, y del Arzobispo de Santiago, el Cardenal Payá), notas a cada capítulo, división en dos tomos, de 8 y 9 capítulos cada uno, que se articulan en, respectivamente, I: Introducción: "La Edad Media y el siglo XIII" (187 pp. numeradas en romanos), Primeros años, Aurora de la Orden, El Apostolado franciscano, San Francisco en España, La Orden se constituye, Primer Corona, Pasión, Agonía, muerte y resurrección, y II: La Orden Tercera, La indulgencia de las Rosas, San Francisco y la mujer, San Francisco y la naturaleza, La pobreza franciscana y las herejías comunistas, La inspiración franciscana en las artes, La inspiración franciscana en la ciencia, Los filósofos franciscanos, y el concluyente, San Francisco y la poesía. Se agregan, al final, el Canto XI del *Paraíso*, de Dante, además de su traducción, en prosa, y el Oficio Parvo de San Francisco, en latín, y dada su belleza e insólita presencia en los Breviarios seráficos, según se aduce.

[6] Una muy novedosa y sin duda fértil manera de leer los "Apuntes autobiográficos", a cargo de Denise DuPont, los ve como un ejercicio de contestación de la visión de la mujer escritora que en *La Regenta* se infiere –la literata frustrada y enferma–, partiendo precisamente de la insistencia en la posibilidad de que una escritora pueda ser sana, erudita, e independiente, *cfr.* "Escritura y enfermedad: Clarín y Pardo Bazán, una vez más", *Bulletin of Spanish Studies*, Vol. LXXXVII, nº 3, 2010, pp. 315-330.

tristezas y las ideas oscuras que iba á olvidar en la portería del convento". Es la psique la que decide de la sanidad del cuerpo, en 1886 ya invierte Pardo Bazán el proceso netamente naturalista que otorga a este, a sus pulsiones, poder sobre la mente[7].

Antes de adentrarse en la empresa nacional de la legitimación de la novela por la vía realista/naturalista, antes de dar pasos seguros y definitivos, la joven Emilia quiso edificar, en efecto, un monumento literario de gratitud, de acendramiento estético e histórico, una flor rara en su producción poligráfica que no ha sido estudiada aún, ni siquiera dentro de los parámetros más aparentes de la hagiografía: *San Francisco de Asís. (Siglo XIII)*[8]. Leyendo esta obra inclasificable, su "proyecto literario" cuando aún estaba en ciernes ("Apuntes…", 1886: 56) y que su autora sabía lograda[9], el lector avisado puede percibir ya algunos de los rasgos distintivos de una escritura apuntalada en sus ejes. Mediante una prosa que no elude la digresión erudita pero pugna sobre todo por sublimar una dicción ya de por sí literaria por sutil[10] pero también dispuesta para enfrentarse a opiniones ortodoxas como la de Ortí y Lara, "Tomista hasta la médula", con quien hubo de polemizar por mor del capítulo "Filósofos franciscanos" en el que se adhería a la llamada "filosofía místico-crítica" de San Buenaventura, Escoto, Ockham y Bacon, como ella misma puntualiza en 1886, en el momento en el que ya saborea las mieles de un triunfo que sabe pleno ante el juez de su propia estima.

Había superado algunas pruebas o ritos de paso que el público aplaudió, como *Pascual López* pero, no contenta con "los primeros sorbos de miel" (1886: 55), dice haber podido "olvidar su dulzor y examinarme y criticarme á mí misma, acto de severidad á que tienen virtud de moverme más las alabanzas que las censuras que

---

[7] Me he ocupado de ello en *Poética de la novela en la obra crítica de Emilia Pardo Bazán*, Santiago, Universidade de Santiago de Compostela, 1998.

[8] Para el Marqués de Figueroa es estudio hagiográfico de investigación o divulgación, áurea leyenda ("Condesa de Pardo Bazán. *Cuadros religiosos", Revista de las Españas*, 2ª época, nº 1, Madrid, junio de 1926, p. 18); para el prologuista don Marcelino, "a un tiempo la vida de un santo, la síntesis histórica de su época y de otras muchas anteriores, la crónica abreviada de su Orden y la reseña rápida, brillante, animadísima del arte, de la filosofía y de la literatura durante el período más interesante de la Edad Media", y "libro de historia pintoresca […] uno de los libros modernos más bellos de la literatura castellana" (1886: 29; 32).

[9] Fruto de un rodaje previo que arranca, al menos, de 1878 (Patiño Eirín, 2001: 469) y en virtud del cual había ido adquiriendo experiencia. No en vano, evoca en los "Apuntes" cómo le sirvieron de banco de pruebas para expresar las sutilezas de su forma de pensar, fondo y forma inextricablemente unidos, los artículos aparecidos en *La Ciencia cristiana*, que "eran difícil gimnasia del pensamiento y de la frase, y había que mirar cada renglón de frente y de perfil y pedirle á cada vocablo fe de bautismo y cédula de vecindad" (1886: 49).

[10] No se le escapó al sabio santanderino, que la calificó altamente por "la severa precisión, el orden lúcido, la exposición clarísima, la constante brillantez y animación, el movimiento y efervescencia de ideas, la ebullición de afectos, el conocimiento de todas las cosas, el sentido de todo lo poético" (1886: 32).

recojo" (55-56). Algunos tacharían de soberbia y vanidad[11] lo que tiene visos de ser solo una clara afirmación de humildad franciscana.

En efecto, doña Emilia era asidua visitante, durante sus estadías en Compostela, del convento de Cotolay. Allí encontró la serenidad que buscaba en la principal crisis de su vida, como ella misma elípticamente relata adoptando esa poesía expresiva con que siempre se refiere a San Francisco:

> Siempre que iba por algunos días á Compostela, dedicaba largos ratos á la portería del convento de San Francisco, que por su melancólica situación, su aire de recogimiento y austeridad, tiene para mí singular encanto. Horas he pasado allí que cuento entre las más hermosas y apacibles de la vida. Oíase en el patio el rumor monótono y argentino del caño de la fuentecilla, que ritmaba las conversaciones de los frailes; [¿] de qué hablábamos? Allá fuera el mundo rodaba, los trenes corrían envueltos en fuego y humo, funcionaban los laboratorios, resonaba la voz de los oradores, las carcajadas del aquelarre mundano, el chirrido de la máquina y la explosión de la dinamita; pero todo lejos, muy lejos, que aquí no llegaba ruido alguno más que el gotear del agua, el religioso tañido de la campana, prolongado en la serena atmósfera, y el roce imperceptible de la sandalia del novicio, que pasaba con los ojos bajos y las manos ocultas en las mangas del sayal (1886: 57).

Consigue la escritura ya en plenitud retrotraerse a una atmósfera que sabe fecundadora de su identidad como mujer de letras. Es aquella recoleta poesía, aquella circunstancia, fuera del vértigo doloroso del presente y el apremio acuciante del reloj, la que le proporciona el impulso de no flagelarse más, de ser la que es con todas las consecuencias: "[¡]jamás entré allí triste ó turbada que no saliese llena de consuelo, envidiando la paz absoluta y el candor infantil que veía renacer hasta en las almas de los pecadores que entraran allí cargados de malicia y amargura!" (*Ibd.*: 57). Cree que "un aura del cielo me purificaba el corazón", se siente legitimada para seguir su senda. No hay instante más crucial, a mi entender, en su vida[12].

---

[11] Como es sabido, Pereda, Valera y el mismo Menéndez Pelayo hicieron comentarios muy acerbos, amparados en el secreto de sus intercambios epistolares privados, acerca de la pedantesca e ilimitada presunción que los "Apuntes autobiográficos", a su juicio, desprendían.

[12] Por deseo propio, tras su fallecimiento el 12 de mayo de 1921, su cuerpo fue envuelto en el hábito de los Terciarios, con "el cíngulo de nudos" de los frailes Franciscos –como había escrito en su conferencia "Los franciscanos y Colón"–, citada *infra*, p. 5. Durante el tiempo que coincidirá con el óbito de José Pardo Bazán, en 1890, su Padre confesor fue franciscano, y a él refirió, cabe asegurarlo, muchas de sus cuitas postmatrimoniales, y él, Manuel Ballesteros, le infligió una muy severa reconvención cuyo conocimiento nos consta tras leer la carta en que la hizo explícita y que se custodia en la Biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano con la signatura L 1-C20-2, institución a la que agradezco la posibilidad de consultarla. Dicha severa reconvención se produce por el escandaloso comportamiento que, a juicio del confesor, exhibe la dama. Pocas veces un documento de esta naturaleza, que doña Emilia conservó y seguramente regaló a don José Lázaro Galdiano, habla tanto y tan acremente del peso de la culpa que la Iglesia hace recaer sobre las mujeres que trataron de superar sin remordimientos ni complejos una ruptura matrimonial como la que la escritora había sufrido.

Pardo Bazán se inserta, así, en una vía que desde Thomas de Celano, autor de la *Vita* (1228) había florecido en las narraciones literarias de la vida del santo. Como apunta Frenzel, aquella vida llena de poesía y rica en episodios deliciosos quedó reflejada en la colección popular de leyendas *Fioretti de San Francesco* del siglo XIV, había sido cantada por Jacopone da Todi y por Dante en el canto 11 del *Paradiso* y lo sería después por Lope de Vega (*Romance al Seráfico Padre*; *A las llagas*, sobre el milagro de la estigmatización), por Tasso, Herder, Goethe, Longfellow, Rilke, Hesse… (1980: 189-190[13]).

El corpus de obras asimilables al franciscanismo de la autora del *San Francisco*, compuesto por textos de varia naturaleza y dimensión[14], viene ahora a ser incrementado con la recuperación, que aquí ofrezco, de un texto hasta la actualidad desconocido, fuera de las consultas más o menos rápidas de los curiosos, eruditos y expertos que visitan el Archivo coruñés de la escritora.

Una conferencia como "San Francisco y la guerra", que hoy exhumo con permiso de la Real Academia Galega, que la guarda en los fondos del Archivo Emilia Pardo Bazán con signatura y referencias que más abajo consigno, y que tuvo que ser leída ante un auditorio que congregaba a señalados religiosos franciscanos, –a los que invoca en primer lugar–, entre otros, –seglares–, implica, en nombre de la pragmática comunicativa y de la propia especialización franciscana en relación con

---

[13] *Cfr. Diccionario de argumentos de la literatura universal*, "Francisco de Asís (1182-1226)", [1976], Versión española de M. Albella Martín, Madrid, Gredos.

[14] Además de la obra magna en dos tomos, *San Francisco de Asís. Siglo XIII*, en sus sucesivas ediciones, y con sus prólogos autoriales o no respectivos, dicho corpus franciscanista integra también al menos otro discurso o conferencia, folletos, cuentos, cartas, apuntes, crónicas, artículos, retazos alusivos de novelas y otros géneros… que convendría recopilar y editar unitaria y críticamente. Por conducto mío, tras requerimiento suyo, una colega italiana, Dianella Gambini, de la Università per Stranieri di Perugia, ha tenido conocimiento del texto que el presente trabajo recupera, y que interesó a la profesora citada, en mensaje electrónico de enero de 2012, como posible objeto de una traducción que sería dada a conocer en el marco de las celebraciones que en Asís se preparan para conmemorar en 2014 el centenario del supuesto viaje de San Francisco a Compostela. Según la leyenda, San Francisco de Asís llegó peregrino a Compostela en 1214 y fue acogido por una familia, la de un carbonero llamado Cotolay, en su casa de Monte Pedroso. A él, que sería enterrado en el recinto, le encomendó la construcción del monasterio. Pardo Bazán evoca precisamente cómo se internó Francisco "por León y Asturias al Noroeste de España, deseoso de visitar el sepulcro del apóstol Santiago en Compostela. Dejando hechas diversas fundaciones en Asturias, llegó á la ciudad que por entonces emulaba á Jerusalén y á Roma en atraer á su seno caravanas de peregrinos devotos. La leyenda da por hospedaje á Francisco en Santiago la humilde choza del pobre carbonero Cotolay, que residía en los barrios extramuros de Compostela; y añade que habiendo Francisco elegido para la edificación del convento unas hondonadas conocidas como Val de Dios y Val del Infierno, territorio cuya propiedad pertenecía al Abad de Benedictinos de San Payo, obtúvolas de éste mediante el feudo usual del canastillo de peces", "Un discípulo y compañero de Francisco, Beníncasa de Todi, era entretanto enviado á la villa de la Coruña á echar los cimientos de otra mansión franciscana. El discípulo se dirigió á los rudos pescadores que formaban el grueso de la población, y ellos alzaron con sus curtidos brazos y costearon con sus limosnas los muros de la casa de paz, situada como un faro al borde del Océano" (1882, I: 123-124).

el oyente[15], un determinado género de enunciación[16]. El escenario pudo ser algún convento, como el compostelano, o iglesia donde resonase con mayor acuidad su oxímoron titular[17]. Colindante con la carta y la carta-prólogo, de cuyos particulares modos discursivos participa, esta conferencia proyecta, asimismo, los recursos elocutivos propios del discurso elevado a especie oratoria argumentativo-apodíctica. La *captatio benevolentiae*, tras el apóstrofe vocativo de rigor, va encauzando una elocuencia discursiva que el título ya explicita con isotopías contrastivas que la mecanógrafa, conformadora también de la materialidad del texto, no deja de repetir en cada cuartilla con cadencia de estribillo[18].

La datación de estas dieciséis cuartillas ha sido establecida conjeturalmente en la segunda década del siglo XX[19] y ello daría cuenta del perfeccionado manejo en el uso de la máquina de escribir que sin duda estas hojillas aquilatan, pericia que hubo de adquirir la autora tras años de práctica constante, reafirmándose sonoramente en la percusión de las teclas, en su música de subrayados. Pero son las alusiones a la guerra, a su efervescencia bélica, las que más fehacientemente fechan el discurso entre 1914 y 1918, años de la Gran Guerra. Tal vez, si apuramos la hipótesis, en 1915, por lo que se a continuación se verá.

---

[15] Como sugiere J. Wood, "to help Silvio understand why racional discussions of theological matters are futile, she [Minia Dumbría, en *La Quimera*] employs another technique of the Franciscan friars – the use of comparisons relevant to the hearers' experiences, and at their level of understanding" (1989: 112).

[16] A diferencia de su otra conferencia franciscanista, dictada en el Ateneo de Madrid y que comienza con un escueto "Señoras y señores" que selecciona a un público únicamente profano en un escenario homólogo, y cuya fecha recuerda, por ocurrir en el mes de abril, la temporada de sus lecciones rusas de un lustro atrás, *vid. Los franciscanos y Colón. Conferencia de la Sra. Dª Emilia Pardo Bazán leída el día 4 de Abril de 1892*, Madrid, Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1892, p. 5. Alguna vez habrá que preguntarse qué tipo de sesiones comportaban estas conferencias: difícil sería poder leer todo el texto, con sus pausas, en solo una hora u hora y media. ¿Resumía doña Emilia o bien ceñía la lectura a lo escrito logrando un prodigio: mantener la atención del público a lo largo de casi tres horas? Hechas las mediciones con un reloj a mano, no hay respuesta segura a la segunda cuestión más que la evidente: no es posible (recuérdese la longitud de las lecciones de *La Revolución y la novela en Rusia*, pero también la de la antecitada, de treinta páginas de apretada letra); de la primera, es arduo aventurarlo. "San Francisco y la guerra" es más condensada, como se verá, acaso también porque la autora había cumplido más años.

[17] O bien los religiosos habían salido de su recinto habitual para incorporarse a otro de tipo seglar, algo quizá menos plausible por la mención que va en primer término.

[18] Hay una particular impronta acústica, casi un eco musical, que la sensibilidad de la escritora gallega supo atesorar como acaso ningún otro narrador español de su tiempo, en la asunción de las secuencias franciscanas que va enhebrando en el rosario de su franciscanismo. Está por hacer un estudio que haga emerger la peculiar sonoridad inherente a la escritura pardobazaniana, su origen acústico como causa, su sensorialidad musical como efecto, aquí vinculado manifiestamente a los intermedios franciscanos que pautan su toma de conciencia literaria y existencial. Ya siempre poseerá ese lugar de creación, lugar de sonoro silencio, aun en medio del fárrago de la vida moderna. Es una reminiscencia que alimentará el discurrir de su pluma para siempre.

[19] *Cfr.* Axeitos Valiño y Cosme Abollo, *Os manuscritos e as imaxes de Emilia Pardo Bazán. Catálogo do Arquivo da familia Pardo Bazán*, A Coruña, Real Academia Galega, 2004, p. 209.

El discurso, –que no esquiva la confesión de sus devociones religiosas, y los oyentes presentes podrían apreciarlo, ya que estas son a menudo soslayadas en su habitual proceder verbal o escrito–, viene motivado por un encargo de un año atrás, diferido por razones que sospechamos reiteradas[20], lo que da pie a una demorada reflexión previa que se tiñe de una fórmula de improvisada coquetería literaria, y se presenta como conmemorativo de la festividad de San Francisco, el 4 de octubre, efemérides que da lucimiento al sentido del acto.

Prolongación, más que de la vida San Francisco (primer tomo), del ulterior franciscanismo (segundo tomo), este texto no formó parte de su obra de 1881, ni de su publicación en 1882, tal vez por lo arriesgado de su título, una auténtica paradoja si lo alejamos del emblema que la propia Emilia Pardo Bazán adoptó como propio: *De Bellum Luce*. Por otra parte, es una conferencia motivada, producida al calor de los acontecimientos bélicos que asolan la vieja Europa con su zarpa de crudeza. Como había hecho en su discurso ateneístico de 1892, hilvanando su sabiduría franciscanista con el centenario del descubrimiento de América de aquel año, también aquí parte de un cometido singular actualizado además en la celebración festiva del día de San Francisco. Diríase que doña Emilia sabe fecunda su veta franciscana, susceptible de ser vivificada por razones no siempre halagüeñas, tan poderosa es su afirmación y su grado de adhesión a la filosofía *mística y humana* de los frailes Menores[21].

---

[20] Probablemente por algún achaque de salud (*vid*. nota 22) y por sus múltiples ocupaciones profesionales y familiares. A lo largo de los cuatro largos años en que transcurre la Primera Guerra Mundial, Pardo Bazán publica obras como *La literatura francesa moderna: el Naturalismo*, volumen XLI de sus *Obras completas*, escribe artículos y cuentos además de novelas cortas de manera preferente, dicta conferencias como la que conmemora el cincuentenario del Convenio de Ginebra y creación de la Cruz Roja Española con el título de "La piedad", muy próxima a con la que nos ocupa, o, en otro orden, "Porvenir de la literatura después de la guerra", que publica la Residencia de Estudiantes al año siguiente, en 1917, y las dos ateneísticas con el título de "El lugar del *Quijote* entre las obras capitales del espíritu humano", escribe prólogos a obras ajenas, como a *Las mujeres en la literatura*, de Luis de Oteiza o a *El escritor y la literatura (Apuntes y generalidades)* de Luis Araújo-Costa, publica sus libros destinados a un público juvenil sobre Hernán Cortés y Pizarro, respectivamente… Es la época en que fallece su madre, en 1915, año final asimismo de Francisco Giner de los Ríos, que da pie a su recuerdo necrológico formulado en dos momentos. Coinciden, por ende, circunstancias profundamente luctuosas de índole familiar y amical con las que, de signo concomitante, están asolando su amada Europa. No es extraño que vuelva sus ojos a San Francisco, su refugio y su esperanza.

[21] Este empeño en conjugar ambas laderas puede ser también respuesta al reproche, mezclado de indulgente elogio, lanzado por el autor del prólogo al *San Francisco* de 1886: "yo y otros muchos seguimos creyendo que en la señora Pardo Bazán la poesía y el idealismo y la inspiración cristiana son lo natural y lo espontáneo, y que el naturalismo es lo artificial, lo postizo y lo aprendido, y que por eso lo uno tiene vida, frescura e irresistible arranque, mientras lo otro parece lánguido y muerto como todo lo que se hace obedeciendo a una receta o fórmula que se toma de lo exterior y que no ha encarnado verdaderamente en el alma. Y he aquí la razón por que yo deseo que mi buena amiga nos dé muchos, muchos libros de historia pintoresca, por el estilo de este *San Francisco*, y pocas, muy pocas novelas naturalistas, aunque tengo tal debilidad por todo lo que sale de su pluma, que hasta esas mismas novelas las devoro con avidez, yo, que tanta fatiga suelo sentir cuando me cae en las manos alguna novela moderna de esas que, según dice, le ponen a uno delante del espectáculo de la realidad, que suele ser muy aflictivo o muy trivial espectáculo" (32).

Cuando se conmemora el centenario del Greco, es invitada a participar como conferenciante en el evento y ella misma consigna por qué:

> A mí quieren encomendarme el estudio de San Francisco en la obra del Greco. No sé si podré cumplir el honroso encargo. Dispongo de muy poco tiempo y estoy sufriendo uno de esos catarros puñaleros de Madrid, que estropean la voz. Ello es cosa de poca monta, pues siempre habrá de sobra profesores y gente doctísima que se encargue de interpretar y comentar al Greco[22].

No parece que llegase a pronunciar, ni a redactar, tal conferencia.

El fallecimiento de su madre, y poco después, el de Giner, está gravitando sobre el proceso de evocación que origina el presente discurso. No olvidemos que al trazar una de las necrológicas de su mentor y amigo, ella misma se refería con claridad al trance en que se decidió su vocación, asociado para siempre al nombre de Francisco, y a su franciscanismo:

> Conocí a D. Francisco Giner siendo yo muy joven, y nunca cesó la comunicación intelectual entre nosotros, aunque la hiciese menos frecuente la excesiva ocupación (de tan diferente índole) que a los dos nos abrumaba. Al conocerle, hallábame en un momento de desorientación, sin saber si escribir en verso o en prosa, atormentada por las ansias de la vocación irresistible, pero confusa e incierta, y sufriendo la duda, que tanto atormenta, de mi aptitud y condiciones para que la labor de mi pluma rebasase un poco del nivel más vulgar. Y D. Francisco en largas conversaciones, me fue abriendo camino. Por primera vez me fue sugerido que en mí existiese un temperamento de artista[23].

Elementos aledaños son, en este discurso, por ejemplo, la mención de las reiteradas acusaciones de plagiaria que le vienen dedicando críticos y folicularios de esos que desorientan "por las falsas pistas que tan a menudo y con tanta frescura le señalan los periódicos y los criticadores platilleros"[24] y que aquí no nombra pero son Antonio de Valbuena, ignorante de la fecha del libro de Sabatier y del de ella misma

---

[22] Publicado en *La Nación*, el 19 de marzo de 1914, en *La obra periodística completa en 'La Nación' de Buenos Aires (1879-1921)*, ed. de J. Sinovas Maté, A Coruña, Diputación Provincial, 1999, II, p. 881. La demora a la que alude al comienzo del discurso vendría dada por la circunstancia del enfriamiento aquí aludido. Posteriores sucesos, sin embargo, no habrían de impedirlo, pero nada sabemos de él.

[23] En *La Nación*, 21 de marzo de 1915, 1999, II, p. 987.

[24] Como escribe en su reseña de *Ángel Guerra*, citada más arriba, 1973: 1093.

como ella no duda es descubrir, y Francisco de Icaza[25]. Ambos recrudecieron sus ataques de modo tal que doña Emilia no pudo sino mostrar su asombro.

Jennifer J. Wood ha dedicado un trabajo de gran interés a explorar la condición franciscana de la moralidad y espiritualidad destiladas en *La Quimera*, la novela de 1905 protagonizada por el delirio artístico de Silvio Lago y su contrapunto: el temple de Minia Dumbría (apellido bien transparente, como destaca Wood). Creo que las conclusiones de este artículo pueden extrapolarse mucho más allá de este título, y que consideraciones como esta: "Early Franciscan thought offers Minia a foundation for a program of reform that will integrate Silvio's moral, religious and aesthetic development" (1989: 109-110), tienen un valor que excede las implicaciones autobiográficas de Minia, apuntadas por la critica, para instituir un modelo de conducta vital y estético basado en principios tales como: la humildad, el orden, la disciplina de la voluntad, el uso axial de la comparación[26], la consideración a los oyentes, la emoción primando sobre el intelecto, la austeridad, la metáfora de las flores, el lenguaje lírico, la parábola… A partir de estos parámetros, y de su nivel de incidencia en la convicción estética de Pardo Bazán, puede construirse el edificio de su actitud de tejas abajo y de tejas arriba, humana y mística, mística y humana.

Doña Emilia guarda luto, no puede asistir a nada público[27], y ello impide que asista al Teatro Real o a las sesiones parlamentarias, pero no que tenga noticia de cómo han ido las representaciones y los discursos. Su postración no es óbice

---

[25] En su *Examen de ingenios*, de 1893, no escatimó acusaciones en el sentido de atribuir a *Les poètes franciscains en Italie du XIIIe siècle*, (1847), de Ozanam, y a la vida de Santa Isabel de Hungría de Montalambert, prelación sobre el *San Francisco*. Fue, por su parte, Valbuena el promotor del plagio supuestamente cometido contra Sabatier y carente, como es obvio, de todo fundamento. Doña Emilia no dejó de subrayarlo por estas fechas. Don Marcelino, a su vez, la había llamado "la hija de Ozanam" (1886: 31) y ponderado con sutileza: "siéntese, sobre todo, en estas páginas, la influencia de *Santa Isabel de Hungría* de Montalambert y del bello libro de los *Poetas franciscanos* de Ozanam: la del primero, en la traza y disposición del libro, en la manera tierna y poética de entremezclar la historia con la leyenda y lo bello con lo santo, y finalmente en algunas ideas de la introducción y en el modo general de considerar la Edad Media: la del segundo, en la importancia quizá excesiva y algo fantástica que se concede á la poesía franciscana en el desarrollo del arte de los siglos XIII y XIV, que siendo tan inmenso y prolífico, y habiéndose desarrollado en tan numerosas direcciones, mal puede ser referido á una fuente sola, aunque esta sea tan pura y tan cristalina como la del serafín de Asís y la del beato Jacopone" (33).

[26] Es un elemento fundamental. Podría rastrearse en el uso del símil, en la modulación de la comparación al compás de los años, un índice de modos y estilos literarios que da cuenta del recorrido estético de una autora que ya es modernista en 1881, pero también naturalista, a su manera, desmintiendo la rigidez de los estratos que atribuye a la bisagra finisecular esa moción espiritual o decadente que exacerbaría el procedimiento.

[27] Así lo escribe en el periódico bonaerense, el 29 de junio de 1915, 1999, II, p. 1021, donde también advierte que tiene informantes de cómo ha ido el discurso de Maura, a quien admira, y del que escribe como orador: "El discurso duró dos horas y media, por el reloj. Y en todo ese tiempo, nadie dio señales de impaciencia, ni el orador, según noticias, las daba de cansancio" (*ibd.*). ¿Llegaron a durar eso sus propias conferencias?

para seguir al tanto de incidencias como estas, concernidas por el talante de su profesionalización.

El discurso, pese a su contenido, no deja fuera el humor elocuente al verter doña Emilia alusiones a los conatos de hacerla plagiaria también en este avatar franciscanista. Trae a colación el hecho de que el libro de Sabatier fuese posterior al suyo y no deja de citar a Dante, uno de sus predilectos. Pondera en el franciscanismo, antídoto contra la guerra, su universalidad, la semejanza con Cristo que ya señalaba Castelar, la pobreza, la confraternidad, su carácter popular, pero subraya sobre todo su vigencia actual, su pacifismo, que promueva con su locura mística la paz moral y material, la solidaridad, que llegue tanto a religiosos como a profanos. El vínculo con el arte es central en su franciscanismo. Puede comprobarse en el exaltado modo con que se refiere a la obra de Chartran, pintor al que venía siguiendo desde tiempo atrás y de cuya maestría en *San Francisco abriendo un surco*, litografía de G. L. Fuchs a partir de una pintura de T. Chartran que se expuso en París en 1900, se había hecho eco, tomando partido a su favor, en *Por la Europa católica* ([1902]):

> A Teobaldo Chartran se le discute. A mí me ha subyugado este meridional, paisano de Víctor Hugo. *León XIII en oración* es el *fantasma* del Vaticano, la senilidad casi sobrenatural del Papa, un espíritu, una llama en un viejo y rugoso tronco. Y el extraño *San Francisco de Asís abriendo un surco*, el esfuerzo de la poderosa yunta sobre el árida tierra, el santo visto como en sueños, son otra demostración de que Chartran comprende la fuerza renovadora del misticismo, y es un gran artista místico, á su manera. (Así lo fueron todos, desde Angélico hasta Murillo). La sacudida de la realidad la encuentro en otro lienzo de Chartran, de historia y de retratos. Se titula *Firma del protocolo de paz entre los Estados Unidos y España*. ¡Con qué comprensión de dolor y con qué reflexiva y concentrada calma me detuve ante ese cuadro![28]

La figura de San Francisco es modulada mediante variaciones aposicionales como "Trovador de Dios", "Serafín", "Maestro", "pobrecillo de Cristo", "Patriarca", "Santo gañán", "santo de la Umbría", "Amador de la Paz", "segundo Cordero", "trovador de Asís" en un alarde de *variatio* que no es sino un ejercicio de colorida prosa. Menudean las comparaciones, metáforas, los trazos metadiscursivos. Hay un orden oratorio estipulado como corresponde a un ejercicio verbal en el que todo ha de estar medido y sujeto a protocolos. También la Despedida.

La descripción del documento signado ARAG: 272/9, cuya transcripción ofrezco es la que sigue: se trata de un haz de dieciséis cuartillas mecanografiadas, apaisadas,

---

[28] La huella de la contemplación de estas obras, y singularmente de la litografía que muestra a San Francisco cantando mientras ara, de 1880 la pintura y de 1894 la litografía que vio Pardo Bazán en la Decenal francesa en el Grand Palais, perdura hasta nuestra conferencia, quince años más tarde, *vid.* el capítulo "Retratistas", XXXVII de *Por la Europa católica*, Madrid, V. Prieto y Cía, s. a., p. 264.

como suelen serlo las que asientan materialmente el soporte estándar de escritura en Pardo Bazán, con numeración arábiga a partir de la segunda en margen superior derecho, tras el *ritornello* "San Francisco y la guerra", que aparece siempre salvo en la tercera, y abreviado en "San Francisco..." a partir de la quinta. Por la total ausencia de tachaduras y las mínimas enmiendas efectuadas sobre la marcha, además de por la pulcritud absoluta –tan solo hay par de erratas–, y el esmero sumo del dactilografiado, parece puesta en limpio. Es de mano de la autora, aunque no creo haya otro documento tan limpio en su haber. Respeto la ortografía y puntuación, en todos sus usos particulares, indicando con / el cambio de renglón. Restablezco las tildes que faltan y dispongo los títulos en cursiva sustituyendo las mayúsculas, que no siempre emplea la autora. Se observa, por lo demás, rastro de una grapa en margen superior izquierdo. El margen derecho luce variable, no así el izquierdo, como suele ser habitual en las cuartillas autógrafas de doña Emilia.

"Reprodución da portada de "La semana cómica", Barcelona, 17 de abril de 1981.
Facilitada pola Casa-Museo Emilia Pardo Bazán"

SAN FRANCISCO Y LA GUERRA

Venerables Prelados; Terciarios, hermanos míos; señoras y señores:

A pesar de circunstancias que parecían impedirme materialmente cumplir la palabra, empeñada hace un año, de tomar parte en esta solemnidad, vengo a desempeñarla, rogandoos indulgencia para mi discurso, que tiene que resentirse de la premura casi angustiosa con que fué trazado. Muy de otra manera redacté las páginas de ese SAN FRANCISCO DE ASIS, al cual debo la inmerecida honra que hoy me dispensais. Fué a la sombra del gótico claustro de Santiago de Compostela, y contemplando más de una vez, en la iglesia del retirado convento, una ingénua pintura de las cinco llagas, que acababa de realizar cierta conversión por nadie ignorada en Galicia. Fué un joven poeta el convertido, y desde entonces viste el hábito y ciñe el cordón. Sus ojos empezaron por mirar con fisga a la pintura, comparándola humorísticamente a un cinco de copas, y acabaron por ver que las heridas toscamente embadurnadas se encendían en realidad, y brotaba de ellas el licor que las había enrojecido, cuando recibió nuestro Patriarca y Padre aquel último sello de Cristo de que habla Dante en la Divina Comedia; aquella estigmatización, que el teólogo protestante Sabatier de San Francisco y crítico de su leyenda con crite-

SAN FRANCISCO Y LA GUERRA

Venerables Prelados; Terciarios, hermanos míos[29]; señoras y señores:

A pesar de circunstancias que parecían impedirme materialmente cumplir la / palabra, empeñada hace un año, de tomar parte en esta solemnidad, vengo a / desempeñarla, rogándoos indulgencia para mi discurso, que tiene que resentirse / de la premura casi angustiosa con que fué trazado. Muy de otra manera re-/dacté las páginas de ese *San Francisco de Asís*, al cual debo la inmerecida / honra que hoy me dispensáis. Fué a la sombra del gótico claustro de Santia-/go de Compostela, y contemplando más de una vez, en la iglesia del retirado / convento[30], una ingenua pintura de las Cinco Llagas[31], que acababa de realizar / cierta conversión por nadie ignorada en Galicia[32]. Fué un joven poeta el con-/vertido, y desde entonces viste el hábito y ciñe el cordón. Sus ojos empe-/zaron por mirar con fisga a la pintura, comparándola humorísticamente a un / cinco de copas, y acabaron por ver que las heridas toscamente embadurnadas / se encendían en realidad, y brotaba de ellas el licor que las había enroje-/cido, cuando recibió nuestro Patriarca y Padre aquel último sello de Cristo / de que habla Dante en la *Divina Comedia*; aquella estigmatización, que el teó-/ logo protestante Sabatier de San Francisco[33] y crítico de su leyenda con crite-/

---

[29] Doña Emilia pertenecía a la Orden Tercera, fundada en 1221 para acoger a los laicos. Es una orden seglar.

[30] San Francisco del Valle de Dios es un monasterio franciscano que data del siglo XIII, fue reconstruido en el XVIII con diseño de Simón Rodríguez y consta de un templo con planta de cruz latina y tres naves, en las que se abren quince retablos, un atrio y una austera capilla, la de la Venerable Orden Tercera o capilla de los Terciarios.

[31] El segundo de los retablos exhibe la Cruz de Tierra Santa y las Cinco Llagas del santo. Estas últimas aluden al episodio, relatado por San Buenaventura en 1262, del trance profundo en que entró Francisco cuando, probablemente el 14 de septiembre de 1224, el Nazareno se le presentó, crucificado, rodeado por seis alas angélicas, y le imprimió las señales de la crucifixión en las manos, los pies y el costado. Son sus estigmas, que procuró ocultar por creerse indigno de ser portador de las señales de la Pasión de Cristo. Puede verse el cuento titulado "El cinco de copas", *Nuevo Teatro Crítico*, nº 26, febrero de 1893, recogido en Cuentos nuevos, 1894.

[32] No he localizado aún el episodio en la prensa de la época.

[33] Paul Sabatier (1858-1928), teólogo e historiador franciscano, discípulo de Renan, que defendió el establecimiento de la Société d'Études Franciscaines en Asís (1902). Vinculado a posiciones teológicas modernistas, sus investigaciones histórico-filológicas aplicadas al estudio de las fuentes de la historia franciscana le llevan a ocupar desde 1919 la cátedra de Historia eclesiástica de la Universidad de Estrasburgo. Su *Vida de San Francisco de Asís* había aparecido en 1893.

"San Francisco y la guerra" - 2 -

rio racionalista declara que no tiene explicación por medios naturales y reconoce como evidente y auténtica... ¡Asombrosa confesión en tal escritor, y confesión que, seguramente, hubiese yo recogido en mi obra, si la de Sabatier no fuese muy posterior a ella, circunstancia que no impidió que alguien afirmase que era la mía un plagio de la de Sabatier!

Dejando a un lado tales minucias, vuelvo a lo esencial, y aunque parezca extraño al pronto, empiezo por decir que nos encontramos en el momento en que la influencia de San Francisco, donde quiera, es más activa y visible. Trataré de fundar mi aserto, que no pretendo imponer, sino solamente someter a vuestra consideración, presentandoos algunos puntos de vista, que acaso la confirmen.

Ante todo, observaré que la figura del Serafín ofrece una particularidad notable. Son innúmeros los santos con que la Iglesia se enriquece, a quienes debemos veneración, y que tienen sus devotos por varios motivos de sentimiento y particular creencia en su intercesión eficaz. Sin embargo, no podemos desconocer que carecen de la universalidad franciscana. Muchos santos, populares en la Edad Media, han empezado a caer en olvido. Hablo desde la tierra; más arriba no me compete discernir. Santos son todos, y, sin embargo, existen matices y gradaciones, en lo que aquí vemos. Desde un principio la obra fran-

"San Francisco y la guerra" -2-

rio racionalista declara que no tiene explicación por medios naturales y / reconoce como evidente y auténtica... ¡Asombrosa confesión en tal escritor, / y confesión que, seguramente, hubiese yo recogido en mi obra, si la de Sa-/batier no fuese muy posterior a ella, circunstancia que no impidió que alguien afirmase que era la mía un plagio de la de Sabatier![34]

Dejando a un lado tales minucias, vuelvo a lo esencial, y aunque parezca / extraño al pronto, empiezo por decir que nos encontramos en el momento en / que la influencia de San Francisco, donde quiera, es más activa y visible. / Trataré de fundar mi aserto, que no pretendo imponer, sino solamente someter / a vuestra consideración, presentándoos algunos puntos de vista, que acaso la confirmen.

Ante todo, observaré que la figura del Serafín ofrece una particularidad / notable. Son innúmeros los santos con que la Iglesia se enriquece, a quienes / debemos veneración, y que tienen sus devotos por varios motivos de sentimien-/to y particular creencia en su intercesión eficaz. Sin embargo, no podemos / desconocer que carecen de la universalidad franciscana. Muchos santos, popu-/ lares en la Edad Media, han empezado a caer en olvido. Hablo desde la tierra; / más arriba no me compete discernir. Santos son todos, y, sin embargo, existen / matices y gradaciones, en lo que aquí vemos. Desde un principio la obra fran-/

---

[34] "Va pareciéndome ahora que ciertas cosas, de las que tienen rectificación facilísima, se deben rectificar. Hace pocos años, en un periódico de gran circulación en España, dijo un escritor que mi *San Francisco de Asís* era un mero plagio de la obra del mismo título publicada por el profesor Sabatier. Bien sencillo me fue contestar que había un inconveniente para el caso, y es que mi libro vió la luz más de diez años antes. La cronología es un testigo irrecusable..." (*La Ilustración Artística*, 19 de abril de 1915; vuelve sobre ello en *La Nación*, 27 de mayo de 1915, II, 1008) y abunda en su independencia: "A veces, las necesidades de la crónica obligan a hacer consideraciones acerca de éste o aquél aspecto del conflicto; pero yo no me lanzo nunca sin reservas múltiples, sin vacilaciones involuntarias. De esta moderación no me saca nadie", p. 270 (también en "Disquisiciones sobre la guerra", que publica en *La Nación*, el 5 de octubre de 1914, pp. 940-944). Pilar Faus señala que a partir de mediados de 1914 y de forma muy especial hasta 1917 (en que se declara *francófila*, *vid*. *La Nación*, 20 de marzo, II, 1175) las crónicas de Pardo Bazán suelen referirse a la guerra y que a medida que se extiende la conflagración y se introducen nuevas armas y formas de lucha más mortíferas su interés se acrecienta, que devora diariamente los periódicos... "A principios de 1915, la escritora, posiblemente incitada por el deseo de conocer más de cerca y por fuentes más directas los avatares de la guerra, proyecta un viaje a París [...] Como excusa, no del todo incierta, esgrime la necesidad de distraer el dolor producido por la muerte de su madre y, aunque no lo mencione, la de Giner, el gran amigo y confidente durante toda su vida, desaparecido también con pocos días de diferencia. / Desgraciadamente debió ser disuadida por su familia y amigos íntimos, haciéndole ver el peligro que podía correr en tan arriesgado viaje. Incluso podía ser considerada como espía, ya que por esas mismas fechas Francia había vuelto a poner en vigor el pasaporte. Ante tales argumentos la sexagenaria cronista renuncia al viaje, pero no sin dar cuenta a sus lectores de su fracasado proyecto", así en el nº 1734, del 22 de marzo (*Emilia Pardo Bazán. Su época, su vida, su obra*, A Coruña, Fundación Barrié, 2003, II, 442-443).

- 3 -

ciscana revistió ese carácter de universalidad a que antes me referí. En las similitudes de su vida con la de Cristo, tema asaz conocido para que me detenga en recordarlo, inclúyese la obra apostólica de San Francisco, enviando a sus discípulos por el mundo conócido entonces, a comarcas donde no había penetrado aún el Evangelio. Así, desde el primer instante, y practicándolo el mismo Serafín en sus viajes de misioneros, los Menores fueron comunicadores incansables, la cosa más distinta del antiguo monje encerrado en su cenobio, atento solamente a la salvación de su alma. La pobreza, nuestra hermosa señora la Pobreza, y el carácter de mendicantes, hizo que al punto los franciscanos se identificasen con el pueblo, se mezclasen con él y no existiese el aislamiento del religioso, sino una confraternidad estrecha, encantadora, de la cual quedan poéticos testimonios en los documentos contemporáneos; y esa confraternidad explica cómo el franciscanismo se difundió con igual rapidez que se había difundido el cristianismo de donde procedía, y pareció un nuevo florecimiento de aquel espíritu, a la vez el más celeste y más humano, que recogieron de labios del Maestro los humildes, los pescadores, las mujeres al borde de los lagos y en las montañas que rodean a Jerusalén. Con razón escribieron los Tres Socios que Francisco trajo al mundo como a una nueva primavera.

-3-

ciscana revistió ese carácter de universalidad a que antes me referí. En / las similitudes de su vida con la de Cristo, tema asaz conocido para que / me detenga en recordarlo, inclúyese la obra apostólica de San Francisco, / enviando a sus discípulos por el mundo conocido entonces, a comarcas donde / no había penetrado aún el Evangelio. Así, desde el primer instante, y prac-/ticándolo el mismo Serafín en sus viajes de misioneros, los Menores fueron / comunicadores incansables, la cosa más distinta del antiguo monje encerrado / en su cenobio, atento solamente a la salvación de su alma. La pobreza, nues-/tra hermosa señora la Pobreza, y el carácter de mendicantes, hizo que al pun-/to los franciscanos se identificasen con el pueblo, se mezclasen con él y no / existiese el aislamiento del religioso, sino una confraternidad estrecha, en-/cantadora, de la cual quedan poéticos testimonios en los documentos contem-/poráneos; y esa confraternidad explica cómo el franciscanismo se difundió con / igual rapidez que se había difundido el cristianismo de donde procedía, y pa-/reció un nuevo florecimiento de aquel espíritu, a la vez el más celeste y más / humano, que recogieron de labios del Maestro los humildes, los pescadores, / las mujeres al borde de los lagos y en las montañas que rodean a Jerusalén. / Con razón escribieron los Tres Socios[35] que Francisco trajo al mundo como a / una nueva primavera.

[35] Bernardo de Quintaval, Pedro Catáneo y Egidio o Gil.

"San Francisco y la guerra" - 4 -

Consta y ha sido proclamado por todos los historiadores: Francisco lo renovó todo cuando se apareció como milagro viviente en la cima de la Edad Media. Pudiera, no obstante, haber gastado el tiempo la virtud de aquella enseñanza prodigiosa y de aquella existencia sublime del trovador de Asís. Pudiera su eficacia haber dependido en gran parte del momento en que se manifestó, del estado social de aquellas épocas. De esto se ven múltiples casos, en la procesión de los tiempos. San Francisco está tan vivo hoy, está tan vivo su espíritu, que cuando descendió sobre el Serafín de alas de fuego, en las escabrosidades del "crudo sasso infra Tevere ed Arno", como rimó el gran épico, para blasonarle con el sello de la Pasión.

Sea por singular presciencia de lo venidero, sea por la fuerza perenne de la doctrina de amor que directamente recogió de Cristo, y cuyo signo exterior fueron aquellas Llagas embriagadoras, ello es que San Francisco, diríamos en el lenguaje corriente, fué de mayor actualidad a cada paso. Fué de mayor actualidad, en el sentido de que sus ideas y sentires penetraron más adentro cada vez, con rara energía, en las inteligencias y en los corazones de las generaciones sucesivas. Y cuando una generación, como la que crió a sus secos pechos el materialismo del siglo XVIII, pareció dirigir al pensamiento por rumbos opuestos al franciscano, no se hizo esperar la reacción,

"San Francisco y la guerra" -4-

Consta y ha sido proclamado por todos los historiadores: Francisco lo / renovó todo cuando se apareció como milagro viviente en la cima de la Edad / Media. Pudiera, no obstante, haber gastado el tiempo la virtud de aquella / enseñanza prodigiosa y de aquella existencia sublime del trovador de Asís. / Pudiera su eficacia haber dependido en gran parte del momento en que se ma-/nifestó, del estado social de aquellas épocas. De esto se ven múltiples ca-/sos, en la procesión de los tiempos. San Francisco está tan vivo hoy, está /tan vivo su espíritu, que cuando descendió sobre [él] el Serafín de alas de fue-/go[36], en las escabrosidades del "crudo sasso intra Tevere ed Arno"[37], como ri-/mó el gran épico, para blasonarle con el sello de la Pasión.

Sea por singular presciencia de lo venidero, sea por la fuerza perenne / de la doctrina de amor que directamente recogió de Cristo, y cuyo signo ex-/terior fueron aquellas Llagas embriagadoras, ello es que San Francisco, di-/ríamos en el lenguaje corriente, fué de mayor actualidad a cada paso. Fué de / mayor actualidad, en el sentido de que sus ideas y sentires penetraron más / adentro cada vez, con rara energía, en las inteligencias y en los corazones / de las generaciones sucesivas. Y cuando una generación, como la que crió a / sus secos pechos el materialismo del siglo XVIII, pareció dirigir al pensa-/miento por rumbos opuestos al franciscano, no se hizo esperar la reacción,

---

[36] "Al llegar aquí todo hagiógrafo moderno cede la palabra á san Buenaventura, persuadido de no poder competir en la narración del misterio del Gólgota franciscano con el filósofo, el poeta, el santo, el que inflamó su inteligencia en la misma hoguera que consumía el corazón de Francisco. Diga, pues, el seráfico Doctor los arcanos amorosos de los serafines. 'Cuando el fiel siervo y ministro de Dios Francisco, dos años ántes de dar el espíritu, hubo empezado el ayuno cuaresmal á honra del arcángel Miguel en el lugar eminente llamado Albernia, rebosó más de lo acostumbrado dulzuras de contemplación, y encendido en llama ardentísima de celestial deseo, comenzó á sentir en mayor copia los dones y carismas de la gracia. Mientras por el seráfico ardor de sus ansias se elevaba á Dios, y por compasiva ternura transformábase en el que por caridad quiso ser crucificado, hé aquí que una mañana, hácia la fiesta de la Exaltación de la santa Cruz, orando en un lado del monte, vió la especie y forma de un serafín con seis alas tan resplandecientes como fogosas, quien con gran celeridad descendía volando hasta el hombre de Dios; y quedándose suspenso en el aire, apareció á un tiempo alado y crucificado: brazos y piés extendidos y fijos en cruz, y las alas en disposición maravillosa; porque con las dos superiores ceñía la cabeza sin esconder la hermosura del rostro, y las dos inferiores cubrían y ocultaban como un velo todo el cuerpo, y con las dos de en medio volaba. Pasmóse de admiración Francisco, y batalló entre el dolor y el gozo: éste causado de la belleza de la aparición que le favorecía, aquél del cruento espectáculo del suplicio, que le traspasaba el alma. Mas por inspiración del mismo que se le aparecía, comprendió que si bien el padecimiento no concordaba con la impasibilidad de la seráfica naturaleza, la visión se le ofrecía en aquel aspecto por que entendiese que nó con martirios de la carne, sino con incendios del espíritu, debía transformarse en imagen y semejanza de Cristo crucificado'" (1882, Cap. VII, I: 214).

[37] Es el verso de Dante primero de un terceto encadenado que dice: "Nel crudo sasso, intra Tevere ed Arno, / Da Cristo prese l'ultimo sigillo, / Che le sue membra due anni portarno" en el Canto decimoprimo del *Paradiso*, vv. 106-109, que la autora reprodujo en italiano en la edición de 1882 que manejamos, p. 467, y tradujo como "En un duro peñasco, entre el Tíber y el Arno", en p. 473.

"San Francisco..." - 5 -

tan completa, que de todas las edades nonguna tan empapada de la miel de Asís como la que va de los primeros años a los últimos del siglo XIX.

El fenómeno es digno de que paremos mientes en él. San Francisco está en todas partes, más cada día. No está solamente entre los que ciñen su cordón, o llevan su hábito: los profanos y hasta los escépticos como involuntariamente, sépanlo o no, se hallan impregnados de su esencia. Como el personaje principal de la curiosa comedia franciscana EL DIABLO PREDICADOR, hay muchos que son "obedientes forzados"; que se inclinan ante San Francisco, cuando acaso quisieren blasfemar de él. Y es que San Francisco, por algunos conceptos fundamentales, se ha adueñado de las conciencias. Esto lo expresa admirablemente, dentro del arte, un cuadro creo que de Chartran, (no estoy segura del nombre del pintor, porque lo ví hace años en la Exposición decenal de París.) Es este pintor autor también de otro lienzo, que retrata a la Santidad de León XIII, abismado en una oración que no puede menos de ser por toda la humanidad. Y con igual simbolismo, ha representado al Patriarca, no con el nimbo de oro y la extática actitud que le atribuyeron los artistas primitivos, los de la era de Cimabue, ni cercado de ángeles, ni siquiera abriendo las manos para mostrar sus estigmas; sino empujando, con sus mismas manos transververadas, la reja de un arado que llevan dos forzudos bueyes. Titúlase el cua-

"San Francisco..." -5-

tan completa, que de todas las edades nonguna [*sic*] tan empapada de la miel de / Asís como la que va de los primeros años a los últimos del siglo XIX.

El fenómeno es digno de que paremos mientes en él. San Francisco está en / todas partes, más cada día. No está solamente entre los que ciñen su cordón, / o llevan su hábito: los profanos y hasta los escépticos como involuntaria-/mente, sépanlo o no, se hallan impregnados de su esencia. Como el personaje / principal de la curiosa comedia franciscana *El diablo predicador*[38], hay muchos / que son "obedientes forzados"; que se inclinan ante San Francisco, cuando aca-/so quisieren blasfemar de él. Y es que San Francisco, por algunos conceptos / fundamentales, se ha adueñado de las conciencias. Esto lo expresa admirable-/mente, dentro del arte, un cuadro creo que de Chartran, (no estoy segura del / nombre del pintor, porque lo ví hace años en la Exposición decenal de París.) / Es este pintor autor también de otro lienzo, que retrata a la Santidad de / León XIII, abismado en una oración que no puede menos de ser por toda la hu-/manidad. Y con igual simbolismo, ha representado al Patriarca, no con el nim-/bo de oro y la extática actitud que le atribuyeron los artistas primitivos, / los de la era de Cimabue[39], ni cercado de ángeles, ni siquiera abriendo las ma-/nos para mostrar sus estigmas; sino empujando, con sus mismas manos transver-/veradas, la reja de un arado que llevan dos forzudos bueyes. Titúlase el cua-

---

[38] Se conserva un ejemplar de esta obra, traducida al francés, en la biblioteca de la autora: *Le Diable prédicateur: comédie espagnole du XVIIe siècle traduite pour la première fois en français avec une notice et des notes par Leo Rouanet*, Paris, Alphonse Picard et Fils, 1901 (*vid*. Fernández-Couto Tella, *Catálogo da Biblioteca de Emilia Pardo* Bazán, A Coruña, Real Academia Galega, 2005: 159). La obra, de Luis de Belmonte Bermúdez, editada en el XIX por Hartzenbusch, es una comedia aúreosecular en tres jornadas exaltadora de la orden franciscana y de la caridad de la que no está ausente cierta crítica anticlerical a través de la figura cómica y desenfadada de fray Antolín. El demonio es castigado por San Miguel, a causa del hambre que inflige a una comunidad de franciscos, a pedir limosna para ellos. Luzbel se hace predicador.

[39] C. 1240-1302, iniciador de la escuela florentina del Trecento, es autor del retrato más autorizado de San Francisco, en el fresco de Asís colocado en el transepto derecho de la Basílica inferior que muestra a la Virgen con el Niño entronizados, a cuatro ángeles y, en el lado derecho, al Serafín. "Cimabue sigue á Guido y á Giunta: discípulo también de los griegos, no osa sacudir del todo su yugo, ni hacer que el aire circule y la perspectiva se ensanche; pero una tarde, paseándose por la campiña, encuentra un pastorcillo que, sentado en una piedra, sobre delgada lámina de pizarra esbozaba el contorno de una oveja de su rebaño. Cimabue convirtió al zagal en pintor, y aquel niño, amamantado por los ubérrimos pechos de la madre naturaleza, acostumbrado á ver la soledad del campo animada por la presencia de Dios, alcanza lo que no pudo alcanzar su maestro, sujeto por estrechas tradiciones: fundar la pintura italiana, y merecer el láuro que le adjudica un conocido terceto de Dante: 'Credete Cimabue nella pintura / tener lo campo, ed ora ha Giotto il grido, / si che la fama di ocluí oscura'", (1882, II: 232). Doña Emilia traduce en nota 8, p. 245: "Creíase que Cimabue señoreaba la pintura; pero ahora oscureció su fama la celebridad de Giotto".

"San Francisco..." - 6 -

dro "San Francisco abriendo un surco"; y con la sugestión de lo simbólico, vemos que el surco del santo gañán no sólo rompe la seca tierra, y la remueve, sino que va más hondo que la corteza del terruño, y llega hasta el centro de nuestro planeta, y resurge en los antípodas. Tal es de profundo, de abismático, el surco que San Francisco ha sido capaz de abrir.

Y sería reducir a estrechos límites la penetración del surco franciscano el ceñirla a la fundación de las tres Ordenes, ni a lo que esas Ordenes, de tan glorioso historial, hayan podido hacer desde entonces hasta hoy. Ni cuando la Orden tenía la cabeza de oro, según vió San Francisco en sueños, ni cuando eran de barro sus pies, según el sueño mismo, pudo reducirse a lo definido y concreto de una fundación o de varias aquella obra maravillosa, llamada a perseverar y a renacer de sí misma, con doblados bríos. Sin duda que los representantes, los legítimos herederos del Patriarca, son los frailes Menores; pero la obra e impulsión de San Francisco va más lejos aún. Fueron las tres Ordenes a manera de conchas y nácares que contienen perlas y que ostentan cambiantes e irisaciones milagrosas; pero que no acertarían a encerrar en su seno la inmensidad de los mares. Olas y olas pasaron sin detenerse por las valvas entreabiertas y el raudal rebosante de la idea franciscana, tan expansivo ya en sus orígenes, rodó y se esparció por los ámbitos de la tierra

"San Francisco..." -6-

dro "San Francisco abriendo un surco"; y con la sugestión de lo simbólico, / vemos que el surco del santo gañán no sólo rompe la seca tierra, y la remue-/ve, sino que va más hondo que la corteza del terruño, y llega hasta el centro / de nuestro planeta, y resurge en los antípodas. Tal es de profundo, de abis-/mático, el surco que San Francisco ha sido capaz de abrir.

Y sería reducir a estrechos límites la penetración del surco franciscano / el ceñirla a la fundación de las tres Órdenes, ni a lo que esas Órdenes, de / tan glorioso historial, hayan podido hacer desde entonces hasta hoy. Ni cuan-/ do la Orden tenía la cabeza de oro, según vió San Francisco en sueños, ni / cuando eran de barro sus pies, según el sueño mismo, pudo reducirse a lo de-/finido y concreto de una fundación o de varias aquella obra maravillosa, llamada a perseverar y a renacer de sí misma, con doblados bríos. Sin duda que / los representantes, los legítimos herederos del Patriarca, son los frailes / Menores; pero la obra e impulsión de San Francisco va más lejos aún. Fueron / las tres Órdenes a manera de conchas y nácares que contienen perlas y que os-/tentan cambiantes e irisaciones milagrosas; pero que no acertarían a encerrar / en su seno la inmensidad de los mares. Olas y olas pasaron sin detenerse por / las valvas entreabiertas y el raudal rebosante de la idea franciscana, tan / expansivo ya en sus orígenes, rodó y se esparció por los ámbitos de la tierra

hasta sus confines últimos.

Es acaso de las tres Ordenes la nuestra, aquella que se llamó en un principio de los Penitentes, y después de los Terciarios, la que mejor se presta a mantener el carácter de universalidad y de popularidad de la idea. Por estar destinada a difundirse entre los seglares, se adapta a la ciudadanía, a la familia, a los fines profanos, pero necesarios, de la vida civil. Tales propósitos son exactamente franciscanos, son de unión y solidaridad humana y responden al anhelo del Fundador de expandirse y de pasar, como el agua del Océano, sobre la sociedad entera. Y los mismos Menores, cuando la Orden tenía la cabeza de oro, no se recluían entre las paredes del convento, sino que, confiados, como domesticadas palomas, iban a pedir su sustento a todos, y se sentaban ante el fuego de los lares, y eran acogidos con esa misteriosa fraternidad que caracteriza a los momentos evangélicos. De las manos abiertas de San Francisco venía esta impulsión de amistad, de reconciliación de los hombres consigo mismos, esta alegre partición del pan y esta proclamación incesante de la idea de paz entre los hombres. Alegría latina, que el Norte no pudo concebir. Y era aquella una época en que la guerra parecía el estado habitual, en que se peleaba, en pequeño, pero dondequiera, a toda hora; y el franciscanismo, basado en la paz moral y material de entre los hijos de un

"San Francisco..." -7-

hasta sus confines últimos.

Es acaso de las tres Ordenes la nuestra, aquella que se llamó en un prin-/cipio de los Penitentes, y después de los Terciarios, la que mejor se presta / a mantener el carácter de universalidad y de popularidad de la idea. Por es-/tar destinada a difundirse entre los seglares, se adapta a la ciudadanía, a / la familia, a los fines profanos, pero necesarios, de la vida civil. Tales / propósitos son exactamente franciscanos, son de unión y solidaridad humana / y responden al anhelo del Fundador de expandirse y de pasar, como el agua del / Océano, sobre la sociedad entera. Y los mismos Menores, cuando la Orden tenía / la cabeza de oro, no se recluían entre las paredes del convento, sino que, / confiados, como domesticadas palomas, iban a pedir su sustento a todos, y se / sentaban ante el fuego de los lares, y eran acogidos con esa misteriosa fra-/ternidad que caracteriza a los momentos evangélicos. De las manos abiertas de / San Francisco venía esta impulsión de amistad, de reconciliación de los hom-/bres consigo mismos, esta alegre partición del pan y esta proclamación ince-/sante de la idea de paz entre los hombres. Alegría latina, que el Norte no pudo concebir. Y era aquella una época en que la guerra parecía el estado ha-/bitual, en que se peleaba, en pequeño, pero dondequiera, a toda hora; y el /franciscanismo, basado en la paz moral y material de entre los hijos de un /

mismo padre, empezaba a socavar los cimientos de hierro y granito de las sociedades antiguas, gritando "paz" incesantemente; como hoy grita el Sumo Pontífice, y aunque parezca que ni se oyó en este particular a San Francisco, ni se oye actualmente el Vicario de Dios sobre la tierra, en realidad su voz fué el grano de levadura que fermentó y ferminta, y que un día hará alzarse toda la masa. No es lo material de los hechos históricos, sino lo íntimo de los sentires lo que determina, a la larga, las direcciones fundamentales de la humanidad. Y estos sentires secretos, convertidos ya en instinto inconsciente, han clamado "paz" también, han preparado a las almas para el día, sin duda muy lejano, pero anunciado ya por el trémulo claror de la Estrella, en que las guerras sean fenómeno aislado y singular, y sin trascendencia en las líneas generales de la historia.

Este espíritu contrario a las colosales guerras, a las guerras que arrasan, y que ni aun llenan el fin de extender la civilización por paises atrasados y bárbaros, sino que surgen como flor venenosa y sangrienta del pudridero de las exasperadas y extremas civilizaciones, no vacilo en decir que forma parte de la obra duradera, de la obra eterna de San Francisco, que lo sepan o no los infinitos que la sienten y profesan y que acaso y que acaso no conocen el nombre del Santo de la Umbría.

"San Francisco...." -8-

mismo padre, empezaba a socavar los cimientos de hierro y granito de las so-/ ciedades antiguas, gritando "paz" incesantemente; como hoy grita el Sumo Pon-/ tífice, y aunque parezca que ni se oyó en este particular a San Francisco, / ni se oye actualmente al Vicario de Dios sobre la tierra, en realidad su voz / fué el grano de levadura que fermentó y fermenta, y que un día hará alzarse / toda la masa. No es lo material de los hechos históricos, sino lo íntimo de / los sentires lo que determina, a la larga, las direcciones fundamentales de / la humanidad. Y estos sentires secretos, convertidos ya en instinto incons-/ciente, han clamado "paz" también, han preparado a las almas para el día, sin / duda muy lejano, pero anunciado ya por el trémulo claror de la Estrella, en / que las guerras sean fenómeno aislado y singular, y sin trascendencia en las / líneas generales de la historia.

Este espíritu contrario a las colosales guerras, a las guerras que arra-/san, y que ni aun llenan el fin de extender la civilización por países atra-/sados y bárbaros, sino que surgen como flor venenosa y sangrienta del pudri-/dero de las exasperadas y extremas civilizaciones, no vacilo en decir que forma parte de la obra duradera, de la obra eterna de San Francisco, que lo / sepan o no los infinitos que la sienten y profesan y que acaso y que acaso [*sic*] / no conocen el nombre del Santo de la Umbría.

"San Francisco..." - 9 -

Si a raiz de la aparición de San Francisco fué ya tan universal la renovación que ejerció en el mundo, bien definida por el carácter evangelizador en lejanas tierras que desde luego tuvo su obra, y que en España produjo la última etapa del insigne Raimundo Lulio -esta universalidad material de los primeros siglos franciscanos- tomó un carácter más moral, a la vez que más extenso, según fué difundiéndose la idea franciscana, no como vocación, ni como piadoso culto especial de un Santo, sino en forma de principios y doctrinas divulgadas entre los profanos, entre aquellos que más se sorprenderían si se les dijese que al emitir ciertas opiniones, al dejarse guiar por determinados sentimientos, no hacían sino seguir las huellas de un Santo que enseñó a vencer al mal por medio de la pobreza y de la compenetración de un alma de poeta con los seres todos. Porque eso fué, en su entraña, la acción de San Francisco: en él se reconcilió nuevamente, no sólo el cielo con la tierra, sino la humanidad con la humanidad. Tal es el aspecto franciscano acerca del cual he querido llamar vuestra atención. Esta reconciliación de la humanidad San Francisco la presintió, la anunció, le interesó sobre las demás cosas. No la predicó con razonamientos, sino con el sublime incendio seráfico de sus potencias, con la iluminación del éxtasis y la sublime locura crucífera, que fué en él tan por cima de cuanto la razón pudiera ense-

[cambia el tono de la tinta, ahora negro, antes azul morado]

"San Francisco..." -9-

Si a raíz de la aparición de San Francisco fué ya tan universal la reno-/vación que ejerció en el mundo, bien definida por el carácter evangelizador / en lejanas tierras que desde luego tuvo su obra, y que en España produjo la / última etapa del insigne Raimundo Lulio -esta universalidad material de los / primeros siglos franciscanos- tomó un carácter más moral, a la vez que más / extenso, según fué difundiéndose la idea franciscana, no como vocación, ni / como piadoso culto especial de un Santo, sino en forma de principios y doc-/trinas divulgadas entre los profanos, entre aquellos que más se sorprende-/rían si se les dijese que al emitir ciertas opiniones, al dejarse guiar por / determinados sentimientos, no hacían sino seguir las huellas de un Santo que / enseñó a vencer al mal por medio de la pobreza y de la compenetración de un / alma de poeta con los seres todos. Porque eso fué, en su entraña, la acción / de San Francisco: en él se reconcilió nuevamente, no sólo el cielo con la / tierra, sino la humanidad con la humanidad. Tal es el aspecto franciscano / acerca del cual he querido llamar vuestra atención. Esta reconciliación de / la humanidad San Francisco la presintió, la anunció, le interesó sobre las / demás cosas. No la predicó con razonamientos, sino con el sublime incendio / seráfico de sus potencias, con la iluminación del éxtasis y la sublime lo-/cura crucífera, que fué en él tan por cima de cuanto la razón pudiera ense-/

ñarle. Porque el mundo podrá regularse con la razón, pero sólo la locura lo mueve, sólo la locura, entendida esta palabra, no en su sentido clínico, sino en el psicológico y místico, en el que le dió el propio Serafín, al traducir sus sentimientos inefables.

No he de reseñar, ni tendría espacio para empezar siquiera a hacerlo, la obra del espíritu franciscano. Esta ha sido directa e indirecta: la directa fué la que realizaron las Ordenes por él fundadas: como ejemplo, citaré la que cumplieron en la conquista de Nueva España, donde, en el mismo mercado de Tlatelolco, antes de la llegada de nuestros heroicos aventureros, se vendía en cuarterones carne humana, erigieron los franciscanos el convento de Santiago Tlatelolco y a su sombra las escuelas, donde fué enseñada la doctrina de Cristo, al par de los rudimentos de la humana ciencia. Si quisiese indicar solamente la extensión de la obra indirecta, tendría que decir que está en todas partes y en ninguna, está en la sustancia y médula de los siglos que han ido apropiándosela y han llegado a mirarla como suya. El franciscanismo es lo que ha ido, lentamente, difundiendo las normas de la paz, del derecho de gentes, de la piedad, de la compasión, del ejercicio de la caridad, fijaos bien, no como obra extraordinaria de alguna mujer bienaventurada, de aquella Isabel de Hungría que tan patente muestra la

"San Francisco..." -10-

ñarle. Porque el mundo podrá regularse con la razón, pero sólo la locura lo / mueve, sólo la locura, entendida esta palabra, no en su sentido clínico, / sino en el psicológico y místico, en el que le dió el propio Serafín, al / traducir sus sentimientos inefables.

No he de reseñar, ni tendría espacio para empezar siquiera a hacerlo, / la obra del espíritu franciscano. Esta ha sido directa e indirecta: la di-/recta fué la que realizaron las Órdenes por él fundadas: como ejemplo, ci-/taré la que cumplieron en la conquista de Nueva España[40], donde, en el mismo / mercado de Tlatelolco, antes de la llegada de nuestros heroicos aventureros, / se vendía en cuarterones carne humana, erigieron los franciscanos el conven-to de Santiago Tlatelolco y a su sombra las escuelas, donde fué enseñada la / doctrina de Cristo, al par de los rudimentos de la humana ciencia. Si qui-/siese indicar solamente la extensión de la obra indirecta, tendría que de-/cir que está en todas partes y en ninguna, está en la sustancia y médula / de los siglos que han ido apropiándosela y han llegado a mirarla como suya. / El franciscanismo es lo que ha ido, lentamente, difundiendo las normas de / la paz, del derecho de gentes, de la piedad, de la compasión, del ejercicio / de la caridad, fijaos bien, no como obra extraordinaria de alguna mujer / bienaventurada, de aquella Isabel de Hungría que tan patente muestra la

[40] Sobre la fascinación que ejerció en Pardo Bazán la historia de la conquista de México, *vid*. María Luisa Pérez Bernardo, "Hernán Cortés en la obra periodística y literaria de Emilia Pardo Bazán", *Tejuelo*, nº 8, 2010, pp. 46-58. Para una puesta al día de la autoría de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, atribuida a Bernal Díaz del Castillo y, a juicio de Christian Duverger, biógrafo de Hernán Cortés, debida al propio Hernán Cortés, para él único autor posible (¿Qué diría Pardo Bazán? ¿Estaría de acuerdo? Tal vez), *Vid*. el libro de Duverger, *Crónica de la eternidad. ¿Quién escribió la 'Historia verdadera de la conquista de la Nueva España'?*, Madrid, Taurus, 2013, reseñado por Carlos Martínez Shaw, que plantea pros y contras de la hipótesis, en "El enigma de la conquista de México", *El País, Babelia*, 15-VI-2013, p. 12.

"San Francisco..." - 11 -

impronta de San Francisco, sino como acción colectiva social de tantas otras mujeres, que nos aspiran a la santidad y, sin embargo, siguen los pasos de la célica landgravesa de Turingia, a diario, en los hospitales, sobre todo ahora, en este momento positivamente franciscano por que atraviesa el mundo. Princesas y reinas hasta de paises heréticos y cismáticos, que no practican la devoción del pobrecillo de Cristo, obedecen, sin embargo, a sus enseñanzas y atienden a los heridos y a los enfermos. Lo que fué caso singular, ha venido a ser práctica corriente. Y yo no diré que todas las actuales enfermeras contraigan méritos iguales, pues los actos no son sino la cprteza, y los sentimientos son la raiz de las cosas; pero digo sí que jamás se practicó en tan gran escala la piedad en el mundo que en medio del remolino trágico de esta lucha sin precedentes.

Y la guerra; ya lo sé, parecerá que desmiente estas afirmaciones mías; parecerá que tal carnicería, tal derroche de feroz valor demuestra que la humanidad ha roto su pacto tácito, sellado con la sangre de las Llagas misteriosas del Monte Alvernia. Yo no vacilo en decir que la guerra mis ma es síntoma de ese espíritu de reconciliación. Lo es por varios aspectos: el primero, porque se ha vacilado mucho antes de llegar a ella, y el que más y el que menos de los que la sostienen ha temblado con secreto escalofrío ante su

"San Francisco..." -11-

impronta de San Francisco, sino como acción colectiva social de tantas otras mujeres, que no[s] aspiran a la santidad y, sin embargo, siguen los pasos de / la célica landgravesa de Turingia, a diario, en los hospitales, sobre todo / ahora, en este momento positivamente franciscano por que atraviesa el mundo. / Princesas y reinas hasta de países heréticos y cismáticos, que no practican / la devoción del pobrecillo de Cristo, obedecen, sin embargo, a sus enseñan-/zas y atienden a los heridos y a los enfermos. Lo que fué caso singular, ha / venido a ser práctica corriente. Y yo no diré que todas las actuales enfer-/meras contraigan méritos iguales, pues los actos no son sino la corteza, y / los sentimientos son la raíz de las cosas; pero digo sí que jamás se pract-/ticó en tan gran escala la piedad en el mundo que en medio del remolino trá-/gico de esta lucha sin precedentes.

Y la guerra, ya lo sé, parecerá que desmiente estas afirmaciones mías; / parecerá que tal carnicería, tal derroche de feroz valor demuestra que la humanidad ha roto su pacto tácito, sellado con la sangre de las Llagas mis-/teriosas del Monte Alvernia. Yo no vacilo en decir que la guerra misma es / síntoma de ese espíritu de reconciliación. Lo es por varios aspectos: el pri-/mero, porque se ha vacilado mucho antes de llegar a ella, y el que más y el / que menos de los que la sostienen ha temblado con secreto escalofrío ante su

"San Francisco".... - 12 -

horror; porque no se ha ido a ella con aquel regocijo bélico de otros días, con gozoso y heroico tremolar de banderas, sino con la sombría decisión y los himnos desesperados que invocan a la Fuerza. Cuando la guerra estalló nadie creía en su posibilidad, y aun los que creían entendieron que sería muy breve. ¿Porqué esta convicción, porqué esta persuasión de la rapidez del horrendo fenómeno? Porque el género humano, aunque nunca haya ido a la lucha y a la muerte con mayor desprecio de la vida y del peligro, está embebido de la persuasión de que la lucha del hombre con el hombre no puede ser sino una anormalidad, a la cual empujan fatalidades de la historia, necesidades tal vez de los tiempos, inexorables leyes que dicta el instinto de conservación nacional, pero que existe otra ley opuesta, y esa ley cada día se promulga más a gritos en los corazones. Y esa ley, la formuló el Amador de la paz, el segundo Cordero, dulce y amante, que se llamó San Francisco de Asís.

El vivo amor, no ya solamente a los hombres, sino a la naturaleza toda, el asombroso instinto por el cual San Francisco se adelantó a las más puras y limpias corrientes de nuestra edad, ¿no procede también de él? Para recoger los testimonios del desenvolvimiento de la tendencia habría que escribir muchos libros. Pero está unánimemente en la conciencia que con San Francisco nació ese carisma infinito, esa ternura especial, empleada en todas las cria-

"San Francisco"... -12-

horror; porque no se ha ido a ella con aquel regocijo bélico de otros días, / con gozoso y heroico tremolar de banderas, sino con la sombría decisión y / los himnos desesperados que invocan a la Fuerza. Cuando la guerra estalló / nadie creía en su posibilidad, y aun los que creían entendieron que sería / muy breve. ¿Porqué esta convicción, porqué esta persuasión de la rapidez del / horrendo fenómeno? Porque el género humano, aunque nunca haya ido a la lucha / y a la muerte con mayor desprecio de la vida y del peligro, está embebido / de la persuasión de que la lucha del hombre con el hombre no puede ser sino / una anormalidad, a la cual empujan fatalidades de la historia, necesidades / tal vez de los tiempos, inexorables leyes que dicta el instinto de conserva-/ción nacional, pero que existe otra ley opuesta, y esa ley cada día se pro-/mulga más a gritos en los corazones. Y esa ley, la formuló el Amador de la / paz, el segundo Cordero, dulce y amante, que se llamó San Francisco de Asís.

El vivo amor, no ya solamente a los hombres, sino a la naturaleza toda, / el asombroso instinto por el cual San Francisco se adelantó a las más puras / y limpias corrientes de nuestra edad, ¿no procede también de él? Para recoger / los testimonios del desenvolvimiento de la tendencia habría que escribir mu-/chos libros. Pero está unánimemente en la conciencia que con San Francisco / nació ese carisma infinito, esa ternura especial, empleada en todas las cria-/

"San Francisco"... - 13 -

turas, desde el Sol hasta el agua casta y bella, que hoy profesan indistintamente las mayorías, que ya consta en disposiciones legales y que cualquiera se avergüenza de no sentir. Y así como adoptó esa enseñanza la humanidad fué recompensada por el venero de sentimientos misericordiosos, no sólo hacia los animales, sino hacia las plantas y las flores y hacia la madre tierra, que nos sustenta y mantiene. ¿Y quién sino San Francisco inició y transmitió los gérmenes de misericordia con los criminales, punto en que no sé si ya va más allá nuestro siglo de lo que se contiene en la propia doctrina del Serafín? Para perdonar de un modo tan absoluto como perdonó San Francisco para acoger con ternura semejante al Lobo y al bandolero; para reducir la penitencia del pecador a las palabras "vete y no peques más" hay que ser tan puro, tan acendrado como el Santo, al cual pudo decir Cristo, desde su trono de nubes: "Francisco, nada hay en tu Regla que sea tuyo; yo he sido su verdadero autor".

He dejado para lo último la huella más evidente del espíritu franciscano en la sociedad moderna; la que en todas partes resalta : la persuasión de que los pobres, en cuyo número quiso figurar en primera línea el Serafín, haciendo de la Pobreza un ideal, que los pobres, repito, no pueden ser olvidados ni abandonados por una sociedad cristiana, como se abandona un campo a

"San Francisco"... -13-

turas, desde el Sol hasta el agua casta y bella, que hoy profesan indistint-/tamente las mayorías, que ya consta en disposiciones legales y que cualquie-ra se avergüenza de no sentir. Y así como adoptó esa enseñanza la humanidad /fué recompensada por el venero de sentimientos misericordiosos, no sólo ha-/cia los animales, sino hacia las plantas y las flores y hacia la madre tie-/rra, que nos sustenta y mantiene. ¿Y quién sino San Francisco inició y trans-/mitió los gérmenes de misericordia con los criminales, punto en que no sé / si ya va más allá nuestro siglo de lo que se contiene en la propia doctrina / del Serafín? Para perdonar de un modo tan absoluto como perdonó San Francisco / para acoger con ternura semejante al Lobo y al bandolero; para reducir la / penitencia del pecador a las palabras "vete y no peques más" hay que ser tan / puro, tan acendrado como el Santo, al cual pudo decir Cristo, desde su trono / de nubes: "Francisco, nada hay en tu Regla que sea tuyo; yo he sido su ver-/dadero autor".

He dejado para lo último la huella más evidente del espíritu franciscano / en la sociedad moderna; la que en todas partes resalta: la persuasión de / que los pobres, en cuyo número quiso figurar en primera línea el Serafín, ha-/ciendo de la Pobreza un ideal, que los pobres, repito, no pueden ser olvida-/dos ni abandonados por una sociedad cristiana, como se abandona un campo a

"San Francisco"...-14-

los abrojos y malezas para que entre ellos se crien serpientes. Y con la prodigiosa virtud de extensión que tienen los conceptos franciscanos, el de la pobreza se amplió y definió, yendo más allá de la mendicidad, y abarcando a todos los que trabajan y comen el pan amasado con sudor y hasta con lágrimas. No parecerá extraño que diga cómo ha encontrado esta tendencia fórmulas en el socialismo cristiano y regulación en admirables Encíclicas, en un movimiento que pude presenciar en la desventurada Bélgica. Más sorprendente parecerá que, fuera del catolicismo, ignorándolo probablemente muchos de los que proclaman y sustentan este sentir, hay no poco de franciscano en ese inmenso desarrollo de las reivindicaciones obreras, en su aspecto pacífico, naturalmente. No ignoro cuantas explicaciones tendría que añadir para fundar mi aserto, y el tiempo apremia, y es conveniente que no fatigue más vuestra atención, ni que me deje llevar del gusto de hablar, del que, en mi opinión, culmina en el mundo del espíritu cual ningún hombre, si exceptuamos al que fué hombre porque fué Dios. Lo que no dejaré de decir es que, aun en los errores sociales, aun en las desviaciones inevitables a que se presta toda doctrina, incluso la más justa, influye directamente San Francisco, como influía en aquellos heterodoxos de su tiempo, los fratricelos y valdenses y otras sectas místicas, aunque contaminadas de herejía. El tipo moderno del

"San Francisco"... -14-

los abrojos y malezas para que entre ellos se críen serpientes. Y con la pro-/ digiosa virtud de extensión que tienen los conceptos franciscanos, el de la / pobreza se amplió y definió, yendo más allá de la mendicidad, y abarcando a / todos los que trabajan y comen el pan amasado con sudor y hasta con lágrimas. / No parecerá extraño que diga cómo ha encontrado esta tendencia fórmulas en / el socialismo cristiano y regulación en admirables Encíclicas, en un movi-/miento que pude presentidar en la desventurada Bélgica[41]. Más sorprendente pare-/cerá que, fuera del catolicismo, ignorándolo probablemente muchos de los que / proclaman y sustentan este sentir, hay no poco de franciscano en ese inmen-/so desarrollo de las reivindicaciones obreras, en su aspecto pacífico, natu-/ralmente. No ignoro cuantas explicaciones tendría que añadir para fundar mi / aserto, y el tiempo apremia, y es conveniente que no fatigue más vuestra /atención, ni que me deje llevar del gusto de hablar, del que, en mi opinión, / culmina en el mundo del espíritu cual ningún hombre, si exceptuamos al que fué hombre porque fué Dios. Lo que no dejaré de decir es que, aun en los / errores sociales, aun en las desviaciones inevitables a que se presta toda / doctrina, incluso la más justa, influye directamente San Francisco, como in-/fluía en aquellos heterodoxos de su tiempo, los fratricelos y valdenses y / otras sectas místicas, aunque contaminadas de herejía. El tipo moderno del

[41] De lo cual dio cumplida cuenta en *Por la Europa católica*.

"San Francisco"..... - 15 -

místico sectario es, sin duda, un hombre de genio, el conde Leon Tolstoy, y a veces, leyéndole, cuando mejor va pensando le veo embebido de franciscanismo, que es lo mismo que estar embebido de las doctrinas del Evangelio. Tal es la señal cierta de la persistente acción franciscana, pues mezcladas con los errores lucen las partículas de diamante de sus ideas, adoptadas por lo más escogido de todas las opiniones, y reconocido su alto valer.

Para terminar, recordaré otro especial privilegio de San Francisco. A quien tanto amó a los hombres y a la naturaleza podrán no seguirle todos, podrán bastantes alterar enseñanzas, pero no hay nadie que no le ame, desde el intelectual endurecido por la lectura y el artista que no espiritualiza la belleza, hasta el anarquista desesperado, que medita imposibles destrucciones. El sortilegio del amor lo ejerce San Francisco por excelencia y hoy más que nunca, y a medida que se divulga el conocimiento de su personalidad este magnetismo de simpatía crece. Dejo a vuestra consideración si tal hecho constante confirma lo que creo ver: que San Francisco, a diferencia de otras figuras históricas, está más presente que nunca en nuestra edad, la cual cree comprenderle mejor y le ama, al adoptar sus grandes tendencias y doctrinas. La piedad supuso a San Francisco de pie en su sepulcro de Asís y manando de sus llagas fresca sangre. Y yo, si me atreviese, me figuraría que no está en

"San Francisco"..... -15-

místico sectario es, sin duda, un hombre de genio, el conde Leon Tolstoy, / y a veces, leyéndole, cuando mejor va pensando le veo embebido de francis-/canismo, que es lo mismo que estar embebido de las doctrinas del Evangelio[42]. / Tal es la señal cierta de la persistente acción franciscana, pues mezcladas / con los errores lucen las partículas de diamante de sus ideas, adoptadas por/ lo más escogido de todas las opiniones, y reconocido su alto valer.

Para terminar, recordaré otro especial privilegio de San Francisco. A / quien tanto amó a los hombres y a la naturaleza podrán no seguirle todos, / podrán bastantes alterar enseñanzas, pero no hay nadie que no le ame, desde / el intelectual endurecido por la lectura y el artista que no espiritualiza / la belleza, hasta el anarquista desesperado, que medita imposibles destruc-/ciones. El sortilegio del amor lo ejerce San Francisco por excelencia y hoy / más que nunca, y a medida que se divulga el conocimiento de su personalidad / este magnetismo de simpatía crece. Dejo a vuestra consideración si tal hecho / constante confirma lo que creo ver: que San Francisco, a diferencia de otras figuras históricas, está más presente que nunca en nuestra edad, la cual cree / comprenderle mejor y le ama, al adoptar sus grandes tendencias y doctrinas. / La piedad supuso a San Francisco de pie en su sepulcro de Asís y manando de / sus llagas fresca sangre. Y yo, si me atreviese, me figuraría que no está en

---

[42] Para una relectura de la consideración de la figura de Tolstói en la pluma de Pardo Bazán, véase el iluminador trabajo de Denise DuPont "El sacrificio de Ifigenia: Emilia Pardo Bazán y las locuras de Tolstoy", *Siglo Diecinueve, La nueva literatura hispánica*, nº 16, 2012, pp. 157-181. "San Francisco y la guerra" no contraviene sus conclusiones, antes al contrario: "Tolstoy no termina de aprender la lección de San Francisco: no se somete a Cristo, y no termina de delirar, de cambiar. Esta idea, de que Tolstoy no es, en realidad, seguidor de Cristo, ha formado parte del ideario de Pardo Bazán con respecto al escritor ruso desde el año 1887, cuando llamaba la atención a que su conversión y renuncia al arte le apartaba del camino, en vez de acercarle a Cristo. Tolstoy sigue pensando en su público, en las masas que cree haber redimido, mientras que Francisco mantiene su fijación en Cristo" (2012: 176).

pie; sino andando; en marcha; y enseñando y arrancando chispas de fuego de los corazones. Abriendo surco le considero siempre, el surco milagroso.

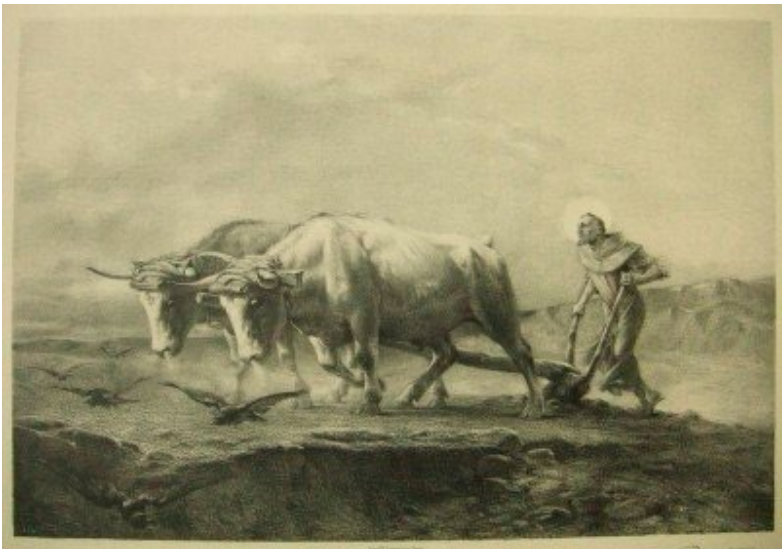
He dicho, no lo que quisiera, sino lo que consintió mi ignorancia. Si erré, perdonadme, hermanos.

= = = = = = = = = =

"San Francisco"... -16-

pie; sino andando; en marcha; y enseñando y arrancando chispas de fuego de / los corazones. Abriendo surco le considero siempre, el surco milagroso[43].

He dicho, no lo que quisiera, sino lo que consintió mi ignorancia. Si erré, perdonadme, hermanos[44].



[43] El cuadro y la litografía anteriormente mencionados, en p. 11 y nota 28, de Chartran y Fuchs, respectivamente, son el *leitmotiv* que vertebra el discurso. Al tiempo que obran como un contrapunto del título, establecen un referente plástico y estético que actúa como desencadenante sensorial del franciscanismo de la autora.

[44] Nótese el final, humilde y fraterno. El horizontal sentido de hermandad franciscana mitiga la jerarquización del elemento vocativo inicial del discurso y es conclusión del planteamiento y argumentario de la conferencia.